



LIBERTAD Demitrópulos

TIERRA FIRME



**UN PIANO
EN BAHÍA DESOLACIÓN**

TIERRA FIRME

UN PIANO EN BAHÍA DESOLACIÓN

LIBERTAD DEMITRÓPULOS

UN PLANO EN BAHÍA DESOLACIÓN



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1994
Primera edición, FCE Argentina, 2023

Demitrópulos, Libertad

Un piano en Bahía Desolación / Libertad Demitrópulos. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura
Económica, 2023.

214 p. ; 14 × 21 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-453-1

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A863

Distribución mundial

D.R. © 2023, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Balaguer
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Ada Solari y Patricia Motto Rouco
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-453-1

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Primera parte	9
Segunda parte.....	101
Tercera parte	149

PRIMERA PARTE

Hombres de mar: visiten la taberna

HUMORES QUE.

Amor y alegría.

Colo-Colo de Ultramarinos FIN DEL MUNDO.

Emma Taddeus. Snaps. Diez CARAS BONITAS.

L'ALBATROS NOIR. Girls.

Mariano Trujillo Mayor y Mariano Trujillo Conde,
agentes comerciales.

Aquí está su suerte.

Bienvenido a THE PARADISE.

Natal T. Putkamer y Cía. Corredores de Bolsa
y Comisionistas. Préstamos.

Bar EL HERMAFRODITA: su remanso.

I.

1

La habanera se hacía sentir honda y cadenciosa atravesando el frío del atardecer. El hombre venía caminando por esa calle del puerto y tuvo que escuchar la música que salía del bar. Había amarrado el cúter en la rada de Punta Arenas y lo primero que hizo fue salir a gastarse todo el dinero ganado tras meses de penurias en los mares del sur.

Un océano de whisky y otro de juego y lujuria necesitaba, aunque perdiese hasta la última libra esterlina y todo en una noche. Desafiante venía. ¿Quién puede negar algo a un lobero cuando vuelve cargado con sus libras y más con su bolsa de polvo de oro a beberse grandes copas de cerveza o de whisky para paliar los meses de guachacay, o a jugarse en una mesa la soledad, los huracanes y tormentas que tuvo que vencer allá donde el mundo se acaba? En el juego, de perder perdía en su ley. En la ley del lobero curtido que vino a ser desde que se llamaba solamente Gin-Whisky, o desde que dejó de cargar con un nombre y apellido y entró a aceptar el que le impusiera el mar como capitán y dueño del cúter *El Deseado* y de otro anterior que naufragó.

Pero la maldita habanera tuvo que detener su paso frente al rasposo bar cuando, saludable entre la nevisca, venía caminando cuesta arriba de la calle, ansioso por hacer correr entre sus dedos las libras esterlinas duramente conseguidas. Porque no sonaba

como los gritos que traía el mar cuando esperaba la salida de los lobos, allá en Bahía Sloggett. Lánguida, la habanera se retorció en convulsiones breves. Inevitable. Y palmeras, negras cobras de agua, pezuñas enhebradas, ojerizas fatídicas, cocodrilos cimbreándose se deslizaban entre opalescencias y evanescencias desde el fondo de su memoria hecha de mar.

Lo de la habanera era nuevo para él, o tal vez olvidado, algo que no sintió nunca en el timón del cúter cuando peleaba contra el oleaje y el viento, algo que allá quedaba fuera de lugar como acordarse de la madre o del sitio donde uno ha nacido, cosas peligrosas como esta producida por la música y que los verdaderos loberos olvidan para siempre, endurecidos.

Que era un verdadero lobo y uno de los más experimentados lavadores de oro, nadie dudaba: tenía su apodo famoso en los canales y archipiélagos fueguinos; cúter propio; conocimiento minucioso de roquerías e islas donde se podía cazar impunemente lobos de dos pelos; amigos vivos y muertos y las historias vividas y escuchadas alrededor del fuego bebiendo guachacay. Historias que evocaban sucesos, golpes de suerte o desgracias de obligada memoria en los encuentros bajo cualquier luna y en cualquier isla solitaria y que sin sus protagonistas, los loberos, nadie sabría nunca que pasaron. Y hasta su propia historia podría ser borrada por las ráfagas heladas de la isla Picton si no anduvieran diseminados por allá Isidoro Prutt, el Escorpión, Bonanza, el Conejo, Usiniaga, el indio yagán, el Chato Rosque-las, el Mudo y otros. Alguna vez en las Antillas —precisamente en la Martinica— se había casado con una negra hija del médico —¿o era la nieta del jefe de la tribu?— y hasta había tenido niños con alguna de ellas. Muy atrás. Antes de ser el Gin-Whisky que venía caminando por esa calle del puerto y tuvo que escuchar la música que salía del bar. Esa habanera todo lo trastornó. Porque extrañamente golpeó sus oídos a través del gorro de piel, aunque primero haya tenido que golpear el vidrio del bar donde se

hallaba el piano medio ronco que la mujer tocaba. Estuvo unos minutos parado, escuchando, hasta que, embalado, giró sobre sus botas y empujó la puerta.

Caminó hasta el mostrador. Desde allí pudo ver a la mujer: rubia y joven. Tal vez demasiado rubia, demasiado joven. Parecía soñar. Ahora la música venía a envolverlo como en una túnica de seda y frotaba su piel. Atolondrado, buscó una mesa y la halló entre unos mineros que hablaban de negocios y jugaban al monte.

—Cerveza para todos y la mujer del piano —ordenó al dueño del bar que se había acercado al enjambre de mesas donde estaba la suya.

—No puede ser, ñor —le respondió.

—Pago lo que sea si hace correr el barril y me manda la mujer —dice sin sacar la pipa de la boca.

—Vea, ñor, ya he dicho: ni cerveza ni mujer.

—Permítame presentarme: ¿ha oído hablar de Gin-Whisky, capitán del cúter *El Deseado*? Fondeé hoy.

—No hay nada que hacer. Aquí el capitán soy yo.

—Pero, hombre, no se caliente. He dicho que pago lo que quiera. Me sobra plata (golpeó la pipa sobre la palma izquierda).

—Y yo he dicho que no.

—¿Está bien esto? —y mostró su abultada bolsa donde tintineaban las libras.

—No.

—¿Última palabra?

—Última. Váyase de aquí.

—Primero quiero la cerveza, luego la mujer.

—Esa dama no se vende. Le pago por tocar toda la noche. Tampoco hay cerveza, ¿estamos?

—Ahí tiene el barril —señaló con la pipa.

—No se me antoja vender a tipos como usted.

—Voy a tomar la cerveza, he dicho. Y tendré a esa mujer aunque usted reviente.

De pronto se encontró recibiendo y dando trompadas entre una lluvia de insultos. Sucesivamente el mesonero rodaba por el suelo y él desplegaba feroces puntapiés o era él quien iba a dar al piso y el otro quien castigaba. Hasta que, manando sangre, se encontró en la calle arrastrado por gritos e insultos de los mineros que así veían turbada la planificación de sus negocios. A este malandrín lo arreglo ahora mismo, se dijo entrando de nuevo en el bar. Algunos parroquianos, levantados de sus mesas, rodeaban al patrón sacudiéndole la ropa. El hombre era esmirriado, de bigote fino y alcanzaría los 35 años, no más. Colorado, largaba bufidos torciendo la boca. Al verlo entrar se adelantaron tres mineros y, tomándolo de las solapas, lo sacaron dando tumbos a la calle, váyase que le conviene, marche pues, no sabe con quién se mete, lo va a matar. Le alcanzaron la pipa. Sin embargo, un lobero es un lobero, y cuando se encapricha no se rinde:

—Me tiene que servir ese malandra.

—Cuando no quiere, no atiende. Escuche, ñor, deje de joder aquí.

—Y también quiero la mujer.

—¿A Nancy? No va con nadie la gringa. Mejor búsquese otra. Hay tantas en Punta Arenas, y usted, justito, ¿quiere la frígida? Hay que joderse, ñor. ¿Cuánto lleva de abstinencia?

—Digamos que unos cinco meses.

—¿Y va a desfogarse con Nancy? La gran siete lo que hay que oír. Seguro que está forrado en plata.

—Forrado.

—Haga caso, ñor. Más abajo en esta misma calle, en lo de Carmelo, hay hembras que no se hacen de rogar, fogosas. Nancy es una llorona y a más aburrida con su aire de princesa destronada. Si no fuera que toca tan bien el piano, quién sabe adónde iba a dar. No vale la pena calentarse por ella.

Se calentó. Uno más que se calienta por ella. Poco después se pasan el dato y todo se acabó. Mejor. Menos complicación. Tiene razón Bernardino cuando dice que es mejor. Déjenla seguir viviendo del piano y de la música, donde se mueve feliz. Es ahí donde se abren las puertas que se le cerraron cuando, engañada, se embarcó en aquel barco que fue su perdición. Aquellas puertas de la casa de Liverpool, en vida de su padre, cuando todos eran felices de ser cuatro, con su madre y su hermana Raquel, en esa casa con jardín y recibidor. En el living la madre tocaba el piano para las dos niñas después de tomar el té que servía la cocinera de color. Y las niñas se extasiaban mirando a la madre vestida de muselina con volados y luciendo un escote blanco bordeado de cintas de raso. ¡Qué bella madre tenían!, rizos negros sobre un cuello blanco, ojos azules profundos. Como los suyos. Pero ella era rubia como el padre y como su hermana. Mamá les enseñó el piano, y a tocar ella aprendió más rápido que Raquel. En todo era más avezada que su hermana. Por ejemplo: siendo menor fue la primera en descubrir a las rameritas de Liverpool. ¿Ves esas mujeres?, buscan hombres. ¿Para qué?, preguntaba Raquel. Para hacer cosas. ¿Qué cosas? Unas que se hacen adentro de la cama. No me gusta, decía la hermana. Y ella: se parecen a nuestras gatas. Se lo diré a mamá. Nancy, ¿has estado diciendo cochinas a tu hermana, *dear*?

Al llegar el otoño Raquel caía en sus abismos de fiebre. Con el invierno el piano dejaba de sonar y ella tenía que quedarse en casa privada de ir al colegio. Mamá no atinaba con la enfermedad de la hermana, se asustaba y sufría. ¿Papá? Fuera de casa. Aparecía de noche entumecido porque empezaba a emborracharse, y mamá, que pasaba suspirando todo el día, de solo verlo se alegraba. Él renegaba contra la enfermedad de Raquel. ¿Hasta cuándo la niña tuberculosa les daría tanto trabajo? Así iba pasando el

tiempo. Aun así, mamá pudo llamar una *teacher* para que le diera lecciones en casa, lecciones de cultura general. Pero los días tibios y en el verano volvía el piano a soltar hermosas melodías y ritmos alocados después de tomar el té. Raquel dejaba la cama y compartía la felicidad.

Después el padre dejó de llevar la mensualidad a casa porque se bebía todo el dinero. Cuando mamá pedía para los remedios de la enferma, el padre se llegaba hasta el lecho y le quitaba las cobijas renegando. *¿Será posible, Jack, tanta crueldad?*, decía mamá abriendo sus grandes ojos y echando un chal sobre los hombros de Raquel. Jack, querido, *¿qué está pasando entre nosotros?*

Entonces mamá tuvo que despedir a la cocinera. A la maestra no, será lo último que haga, decía.

Algunas tardes destempladas de invierno mamá salía dejándole a Raquel a su cuidado y regresaba con chelines en el bolso. A esta altura papá ya las había abandonado. A los 16 años, una mañana de riguroso invierno, Raquel moría ahogada en tos, en los brazos de mamá. Ella corrió a buscar un médico y cuando llegaron mamá lloraba abrazada a la muerta. El médico se sentó y escribió el certificado de defunción. Antes de irse, el viejo le tomó una mano apretándosela: *tienes que cuidarte, nena, ven a verme, ya sabes dónde vivo, ven a verme.*

Aquel día aparecieron algunos pocos parientes, pero papá no. Lo hicieron buscar en distintos sitios a donde acudía a tomar. Llegó y miró a la muerta lleno de rencor. No quiso besarla y fue a encerrarse en su cuarto. Pero mamá le perdonó esa injuria, y muchas otras, y a los pocos días estaban hablándose y mirándose a los ojos. Es que se habían amado y aún se amaban, pero la pobreza conspiraba contra ellos. Aun pasando necesidades volvió la época feliz. De nuevo mamá tocaba el piano después del té y venía a corregirle cuando era ella quien tocaba.

Las lecciones de piano alternaban con las de la maestra que aún cobraba su sueldo por las visitas a aquella casa tan acogedo-

ra cuyo alquiler era insostenible. Tuvieron un juicio por falta de pago, y de nuevo, cuando se presentó el oficial de justicia, papá se encontraba ausente. Hallaron una sencilla casa en un barrio pobre de Liverpool y con la mudanza vino también la despedida de la *teacher*. Sin embargo, aún tenían para comer, vestirse y comprar revistas. Mamá era loca por las revistas de moda. Hojeando una de ellas, un día vieron unas señoras en traje de baño. Casi mueren de placer. Qué fino. Qué elegante era despojarse de los serios *tailleurs* y quedar ligeras de ropa, exhibiendo sus cuerpos que, a fuerza de poco alimento, eran delgados y gráciles.

La silueta fina es el último grito de la moda en París, no hay que engordar, *dear*, decía mamá. Como papá las había abandonado de nuevo, mamá hacía más frecuentemente sus misteriosas salidas, de las que regresaba trayendo algún dinero. Vinieron más dificultades y sobresaltos. No bien cumplió 18 salió a buscar trabajo en una fábrica; papá había muerto de cirrosis en un hospital y se endeudaron. Por entonces, mamá todavía esperaba eso desconocido que, estaba segura, tenía que llegar, algo que iba a recomponer todo lo que se les había resquebrajado. Trabajaba doce horas en una hilandería. Empezó como aprendiz, pero por su preparación fue escalando hasta llegar a operaria. A la hora de comer abría el paquete con un huevo y una rebanada de pan. A la noche comía junto con su madre sopa de lentejas o arroz frío con huevo. El alquiler se pagaba y podía darse el gusto de vestirse con cierta elegancia: su trajecito, su pañuelo de linón, su sombrilla china.

En la hilandería había chicas que alternaban el trabajo con la diversión, de manera que pronto eran despedidas porque no se podía faltar. Pero a las muchachas parecía no importarles y hasta se alegraban de librarse del sacrificio de ser operarias, como si hubieran encontrado otro empleo mejor. Como ella era distinta, el capataz la distinguía en el trato y un día la invitó a una fiesta.

Asustada entró en aquel departamento lujoso de barrio distinguido, con mujeres elegantes, donde su modesto traje sastre

desentonaba. El dueño de casa, amigo del capataz, la recibió con una sonrisa y la presentó como adorable criatura. Comió bocados exquisitos y bebió champagne por primera vez en su vida. Cuando su alegría tocaba límites inesperados recordó que debía regresar a casa donde mamá esperaba. Pero el dueño de casa hizo servir más champagne y le pidió que cantara con él una canción muy de moda en Liverpool. Era de madrugada cuando míster Sullivan, el dueño de casa, la ayudaba a bajar del coche y la depositaba en la puerta de su casita donde vivía. Parece que a mi nena le ha llegado eso desconocido que estábamos esperando, dijo mamá.

Míster Sullivan vivía en perpetua fiesta. Su casa, siempre llena de invitados, brillaba de luces y ropa lujosa. Alfombras que habían tejido manos hindúes u orientales, cristales delicados, loza finísima, bebidas y música eran para él cosa de diario manejo. Una cosa no tenía: juventud. Gordo, pesado y calvo, sabía sin embargo hablar con voz tierna cerca del oído. La invitó a varias fiestas y a un baile de disfraz. Fue un 3 de abril, lo recuerda por lo decisiva que llegó a ser esa fecha en su vida. En una tienda de disfraces eligió uno de odalisca rosado salmón con sandalias doradas y profusión de perlas, a instancias de mamá. Al entrar en el salón de míster Sullivan, las luces la cegaron. Manchas multicolores se deslizaban al compás de los acordes de una orquesta acomodada en el jardín. Sedas, terciopelos, tarlatanes, muselinas y satenes iban y venían movidos por la música. El dueño de casa apareció vestido como duque de Venecia, oculto tras un antifaz. Se envolvía con una larga toga de seda haciendo juego con la peluca escarlata. En medio de las luces que se arracimaban en globos, míster Sullivan parecía diabólico y audaz. Traía una copa en la mano y la vació: a tu salud, mi nena. Viendo que ella no bebía, fue a buscar una botella.

A su alrededor fantasmas se mezclaban con esclavos negros; romanos con madames Pompadour; una rubia descomunal, para

lucir la cabellera que le llegaba más allá de la cintura, se había vestido de mujer de la selva; un voluminoso miope disfrazado de pastorcillo saltaba junto a una intrépida mujer de las cavernas; María Estuardo se dejaba acariciar por un dios Pan entrado en años y, mirando hacia la escalera, en el primer descanso, se veía a una gitana bebiendo de la copa de un marqués de zapatos con hebillas de diamantes y terciopelo nacarado, que amortiguaba el estridente satén de la gitana, aislados del baile. Mirando ese brillante salón y a esas personas experimentó un sentimiento de abandono, algo que venía a adormecer sus miedos, su pobreza, como en esas tardes neblinosas en que mamá tocaba polonesas y las gotas de lluvia acorchaban la sonoridad del piano, ahuecándola, desdoblándola, hasta el infinito.

El duque de Venecia regresó con la bebida y la invitó a bailar. La danza alternaba risas con bebida. Incansable, la orquesta desflecaba ritmos de moda, los invitados respondían con un entusiasmo cada vez mayor. Se fue creando un rumor espeso que nacía de la vorágine de brillo, ritmo, palpitante de corazones. Aquel sentimiento de abandono se agudizó. Se sintió flotar. Su pareja no era el viejo gordo, sino un endemoniado joven italiano llevándola en una góndola. Flotando fue que más tarde subió la escalera por la muelle alfombra conducida por míster Sullivan, que a esta altura había perdido la peluca, el antifaz y la toga escarlata, en tanto el joven duque de Venecia había desaparecido. Y en el amplio dormitorio, semidormida, abandonándose totalmente, míster Sullivan, aquella noche del 3 de abril, la poseyó.

Al día siguiente continuó el entusiasmo de míster Sullivan, repitiendo el amor cada vez más groseramente. Después la llevó a su casa prometiendo buscarla para una fiesta próxima. Cuando entró, mamá tomó su cara entre las manos, la besó y dijo: ¿cómo te fue? ¿No te dio nada? Debes exigirle una compensación. Es un viejo libertino que se hizo de una bella paloma. No vuelvas a ir a sus asquerosas fiestas.

No fue a la siguiente fiesta. Entonces apareció el propio mister Sullivan a buscarla. Lo recibió mamá:

—Lo siento, Nancy fue a trabajar, si no ¿de qué viviríamos?

—Precisamente tengo la solución, señora. Descuide usted. Lo arreglaré.

Pudo comprarse varios *tailleurs*: uno azul, otro gris, otro color salmón. Y sombreritos haciendo juego con la cartera y zapatos. Pudo tener una colección de blusas de linón y delicados pañuelitos que ella sacaba del pecho para enjugar alguna lágrima cada vez que mister Sullivan le recriminaba su falta de entusiasmo. Pero no hubo más hilandería. Poco después mister Sullivan le presentaba a un amigo importante, mister Thomas Lynn, fuerte empresario de América del Sur. La misión de mister Lynn era servir de enlace entre ricos terratenientes que allá, en el sur del continente, estaban interesados en jóvenes inglesas. Todas personas serias, decía. Querían a las chicas para institutrices de sus hijos y, en caso de solteros, para casarse con ellas. Allá, en Punta Arenas, podría llegar a ser una gran señora y, ¿por qué no?, acaso estaría llamada a iniciar una verdadera dinastía de sudamericanitos que se enorgullecerían de ella. Una gran señora que se movería entre la abundancia y el mando. Para eso tan solo hacía falta cruzar el océano, dejar Liverpool que nada seguro le ofrecía, separarse de su madre que poco podía hacer por ella, saltar de la Europa y asentarse allá, en la utopía. Era joven, era hermosa, ¿qué más? Con el tiempo podría mandar a buscar a su madre. La cuestión era tener fe en los trámites que realizaría mister Thomas ante las autoridades y la reina Victoria, a fin de que ella y otras muchachas pudiesen viajar e iniciar una vida sin sobresaltos, en plenitud.

En Liverpool, ¿qué destino le aguardaba? Los tiempos eran difíciles para cualquiera, más para mujeres solas. Consumirse en una fábrica, caer en la prostitución o llenarse de hijos y pobreza. Esas eran sus únicas salidas aunque la reina dijera que velaba por la virtud y el porvenir de las mujeres.

La habanera tocaba a su fin. Fue languideciendo, retorciéndose y como entrando en un sopor. No es para calentarse, hombre; vaya a otro lado por mujeres, El Hermafrodita no es para usted; mire, para lo que usted busca está Emma Tadeus, ahí va a encontrar. Ande para allá de una vez y déjese de joder.

Soy lobero y me alzaré esta mujer quiera que no, y si es gringa, mejor, qué diablos. Me gustan negras y blancas. ¿Frígida? Ya se va a calentar en cuanto venga conmigo. Después, que me cuenten sobre Nancy la frígida, y ¿quién pudo ser el artista que la modificó? ¿Quién sino Gin-Whisky, el mismo que viste y calza? Déjenmela solamente un día y verán lo que consigo. En cabo Pilar me agenció una india alacaluf que después dejó todo por mí: el marido, los hijos, la canoa, y no se me separó hasta que vinieron a buscarla los hombres de su familia y se la llevaron a la rastra. La india se les escapó varias veces, y, nadando, venía a mí, hasta que cansado (y abochornado) el marido la mató. Me acuerdo de que al principio ella también era floja, se distraía. Cuando le tomó el gusto a la cosa, pegó un grito y me clavó las uñas arañándome todo el cuerpo. De ella tengo ese recuerdo: estoy lleno de cicatrices.

Como un sollozo, la música se entrecortó, dio una cabriola en el aire, un respingo caliente, provocativo. Luego, cayó en éxtasis.

El hombre volvió a entrar en el bar. Buscó donde aposentar su corpulencia, en tanto el piano despegaba su última frase y la mujer parecía entreabrir sus ojos de un sueño. Vio a la mujer levantarse del taburete y venir caminando. Alta, rubia, nariz fina, frutillosa la boca, boca ancha, ansiosa, ojos azules. Vestía un quimono de satén que se abría dejando ver una carne grácil y blanca. Pareció que iba hacia el mostrador y al pasar junto a él la invitó: ¿gusta beber conmigo, *miss*? No se veía al patrón: aparentemente había desaparecido. Aparentemente también el campo estaba

libre. Pero si vuelve, que vaya sabiendo: a un lobero no lo mueve un pijilla de esos. Con que ahí se plantaba nuevamente y estaba invitando a la muchacha. Vino el chico que oficiaba de mozo:

—Cerveza. ¿Qué va a tomar, *miss*?

—Café con leche. Y pastel, *please*.

Los mineros les dieron la espalda trezándose en sus juegos del monte. Al diablo con el gringo. Después se armaría la maroma, cuando el patrón apareciera. Ya le habían anticipado lo de Nancy y que Bernardino la protegía. Si el gringo andaba buscando camorra, que se jodiera.

—¿Dónde está el patrón? —Gin-Whisky golpeando la pipa en la palma de la mano.

—Tiene un cuarto en el fondo. ¿Qué pasó entre ustedes?

—Nada de importancia. Lo importante fue haberla conocido.

—Se arrepentirá, supongo.

—O moriré de amor.

Calló. Tomó su café con leche y comió las masas. Sonrió.

—¿Desea alguna bebida, *miss*?

—Oh, no. Nunca bebo.

—¿Jamás?

—Odio todo lo que sea alcohol.

Se iba perfilando la muñeca de trapo, fría, aburrida, tal como se la describieron. ¿Qué hacía ahí, perdiendo el tiempo, estropeando su noche, todavía sin gastar la plata que traía? Lobero tenía que ser para encapricharse de esa manera con una mujer.

—Permítame presentarme: me llaman Gin-Whisky.

—Lo llaman, pero ¿cuál es su nombre?

—Prácticamente lo he olvidado. Gracioso, ¿no?

—No, teniendo en cuenta que aquí es corriente usar apodo.

Me llamo Nancy.

—Lindo nombre.

—Míster: ahora debo volver al piano. *Thank you*.

—¿Dónde puedo verla, *miss*?

- No soy de las que usted cree.
–Por eso mismo me interesa. ¿A qué hora sale?
–A las tres y voy derecho a casa.
–La esperaré.

4

Al embarcarse en Liverpool eran una veintena de chicas que venían en busca de un destino que suponían maravilloso. América era la ilusión, una especie de paraíso, la patria del futuro. Se habían vestido de señoritas serias: trajes sastre, sombrero de fieltro, guantes de cabritilla, zapatos y carteras haciendo juego. Parecían gobernantas que en su día franco tomaban el barco para visitar Londres y estar de vuelta al día siguiente. La tarde era soleada y llevaban sombrilla de seda que les protegía la piel. Iban tranquilas, llenas de confianza. Mister Thomas Lynn se ajetreaba con papeles, las animaba y hasta gastaba alguna broma de tono subido. Las muchachas festejaban con sus deliciosas risas. En el muelle también estaba mister Sullivan, que había ido a despedirlas con cajas de chocolate. Las besó llamándolas hijitas y hablándoles sobre la nueva vida que iniciarían allá: gobernantas de ricas familias o, acaso, ¿por qué no?, esposas de estancieros ricos y ansiosos.

Mamá se había quedado en casa, llorando. ¡Pobre mamá! A último momento, ante la realidad del viaje, temió que eso desconocido que ella presentía y esperaba no fuera demasiado bueno para ninguna de las dos.

En un aparte, mister Sullivan se preocupó en asegurarle que él había sido como un padre para ella, aunque la había amado como hombre, pero que, por otra parte, era necesario que ella se labrara un porvenir al lado de otro caballero que le diera su apellido, hijos y una posición desahogada. Seguramente que en

el sur del continente americano ese caballero estaría esperándola. Todo consistía en salir a su encuentro, dejar Europa que poco podía ofrecer a las jóvenes sin posición, los tiempos eran malos con tantas huelgas, revueltas y guerras. Cuando el barco partió, en la billetera tenía apenas algunos chelines y la foto amarillenta de un hombre de quien ignoraba todo.

5

Esa foto lo pintaba entero a mi marido. Feroz, sanguinario. Cuando el barco llegó a Punta Arenas, ¿cómo fue que me reconoció para acercarse a mí y pagar a míster Thomas un fajo de libras esterlinas? Cuando lo vi tan rústico, bruto, desarrapado y sucio, me quise morir. ¿Por este hombre había venido? Tenía los ojos inyectados de sangre: me repugnó. Al darme cuenta del engaño grité, protesté. Perdí la compostura de mi trajecito gris perla y mi sombrero de fieltro para correr de un lado para otro pidiendo justicia. Vinieron dos policías pero ninguno me entendía ni yo los entendía. Yo gritaba que había sido traída con engaños. Quien pretendía ser mi marido, en cambio, permanecía impassible esperando que el juicio se decidiera a su favor: él había pagado. Míster Thomas mostró a la policía unos papeles que no eran otra cosa que los pasaportes y la boleta de embarque. El policía daba vuelta los papeles: no entendía nada. Mis compañeras de viaje, más dóciles que yo, partían detrás de los hombres que les habían tocado. Yo era la única que protestaba. Mi hombre era sucio, descuidado, rústico y parecía perverso. Míster Thomas mostró irritación y en un momento dado amenazó con mandarme a la cárcel. El puerto fue vaciándose de gente y todavía quedábamos esa bestia, míster Thomas y yo, aún sin arreglar nuestros asuntos. Discutíamos por separado con míster Thomas. Por mi parte no sabía de qué manera arreglaba con el tipo, porque hablaban otro idioma, pero

Un piano en Bahía Desolación, de Libertad Demitrópulos,
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2023
en los Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 3.000 ejemplares.

“Déjenla seguir viviendo del piano y de la música, donde se mueve feliz. Es ahí donde se abren las puertas que se le cerraron cuando, engañada, se embarcó en aquel barco que fue su perdición. Mamá les enseñó el piano, y a tocar ella aprendió más rápido que Raquel. En todo era más avezada que su hermana. Por ejemplo: siendo menor fue la primera en descubrir a las rameritas de Liverpool. ¿Ves esas mujeres?, buscan hombres. ¿Para qué?, preguntaba Raquel. Para hacer cosas. ¿Qué cosas? Unas que se hacen adentro de la cama.”

Nancy, una joven inglesa de clase baja, es trasladada en barco desde Liverpool hasta Punta Arenas, donde vive un ganadero austríaco a quien fue vendida como esposa. El paisaje de la Patagonia argentina y sus personajes son nuevos para ella: mineros, hombres de campo, loberos, prestamistas y prostitutas pueblan estas páginas y se mueven alrededor de un objetivo: el dinero. Los hombres se entregan a él, las mujeres son mercancía. En *Un piano en Bahía Desolación*, publicado en 1994, trece años después de su obra más reconocida, *Río de las congojas*, Libertad Demitrópulos nos ofrece un friso de una región y una época, marcada por la consolidación del Estado-nación argentino y la instauración de un modelo económico agroexportador, pero también por la violencia hacia las mujeres y los pactos patriarcales.

En la literatura, se sabe, el efecto de verdad depende del lenguaje. El estilo y las formas de enunciación de un relato definen mejor que nada la realidad de una trama que intenta reconstruir el pasado. Libertad Demitrópulos hace de la música verbal la clave de la historia.

RICARDO PIGLIA

